

han sido desplazados, otros están fuera de cómputo. Por desgracia, la calidad de la traducción es muy mala y es frecuentemente difícil decir si el traductor ha tenido ante la vista un texto diferente del nuestro, o si ha simplemente interpretado y glosado un texto que no comprendía» (p. 20).

Las notas exegéticas son extremadamente parcas, reproduciéndose la mayor parte de los pasajes paralelos de la Sabiduría de Amenemope (22,17-23,11). Véase como ejemplo la versión y comentario de 23,4-5, donde entran en juego la crítica interna y la comparación con un texto egipcio:

- 4 No te afanes por enriquecerte,  
y renuncia a la ganancia mal adquirida.  
5 Fijas sobre ella los ojos, y ya no está allí.  
Porque sabe hacerse alas,  
como águila que huye a los cielos.

Por conjetura señalada ya en Kittel-Kahle, con la referencia a Dan. 11,33, se corrige el TM, leyendo *mibbissatkâ*, «a tu presa» en lugar de *mibbinetekhâ*, «a tu reflexión», anotando después: «Se trata del bien mal adquirido, pero falta sin duda una palabra en nuestro texto, y la «ganancia mal adquirida» restituida en el v. 4, corresponde en hebreo a una palabra femenina. Cf. Amenemope, 7.

La comparación de los dos textos hace resaltar bien la libertad con la que el escriba israelita ha utilizado sus fuentes. Se advertirá en particular cómo ha sabido evitar la prolijidad del texto egipcio, cómo ha eliminado cuidadosamente toda alusión a la mitología pagana, cómo, en fin, ha sustituido el ganso de las riberas del Nilo por el águila palestinese» (p. 94).

La escasez de acotaciones exegéticas se suple de alguna manera con un índice alfabético de los principales temas tratados en el libro. Por lo demás, la diafinidad de la traducción será más grata al lector ordinario que un comentario prolijo.

J. PRADO, C. SS. R.

FONSECA, A. G. DA, S. I.: *Quaestio synoptica* (Institutiones Biblicae. Series altera: Opera subsidiaria). Roma, Pont. Inst. Biblico, 1952.—230 × 175 mm., 224 págs.

La famosa cuestión sinóptica tal vez no encuentre nunca solución adecuada. Aun en el campo católico donde no pasa de ser una cuestión puramente literaria no llegan a ponerse de acuerdo los autores. Mucho menos en el campo no católico donde el problema tiene raíces doctrinales que cada día lo replantean desde un ángulo diverso.

El P. da Fonseca nos da en esta obra un estudio histórico-crítico del problema y de las diversas soluciones. Precede a manera de cuestión previa un elenco completísimo de textos de la tradición de los cuatro primeros siglos sobre los autores, tiempo, lengua y orden en que fueron escritos los tres primeros Evangelios. Cualquier hipótesis sería que pretenda explicar el problema de las semejanzas y antinomias que entre ellos existen habrá de tener en cuenta estos datos históricos de valor innegable. Sigue luego un estudio detallado de aquellas semejanzas y antinomias y tres sinopsis en las que aparece la relación de cada evangelio con los otros dos. El estudio está hecho con toda objetividad sin escamotear ninguno de los datos que hacen difícil la solución del problema. Se enumeran a continuación las diversas so-

luciones con las aportaciones de los distintos autores agrupados en torno a cada opinión. Por fin el P. Fonseca procura hacer la crítica serena de las distintas posiciones y expone la suya propia.

La exposición —tanto del problema como de las soluciones— es amplia y minuciosa, llena de observaciones atinadas, que revelan al investigador paciente que se ha planteado personalmente la cuestión y al profesor inteligente y metódico que durante muchos años ha explicado la materia a sus alumnos del Pontificio Instituto Bíblico.

Se muestra partidario de la tradición oral como base fundamental de la solución, no sólo por creerla más en conformidad con los documentos históricos, sino además por los indicios que de ella se descubren en los mismos evangelios y en los escritos apostólicos. En cuanto a la dependencia de fuentes escritas, hace una sólida refutación de la teoría de la doble fuente y de las teorías que propugnan la dependencia de Mateo griego y de Lucas respecto a Marcos tanto si se entiende de un Marcos anterior como si del actual. La solución positiva que tímidamente propone —un compendio de catequesis aramaica hecha bajo la dirección de Pedro y por encargo de los Apóstoles vertida muy al principio al griego— no resulta inverosímil. Podría completarse con la hipótesis del P. Bover —cuyo artículo el P. Fonseca desconoce (1)—, según la cual el autor de esa versión habría sido S. Bernabé, quien tal vez la hizo para la sinagoga helenista de Jerusalén y la llevó consigo a Antioquía donde predicó S. Pablo y fué iniciado San Lucas. La hipótesis resulta tanto más completa cuanto que Marcos tuvo estrecha relación con Bernabé en los dos viajes de éste y el mismo Pedro inauguró acaso en Antioquía su catequesis sistemática en griego. Si a esto añadimos las razones que el mismo P. Bover aduce en favor de Bernabé traductor de Mateo, la verosimilitud de la hipótesis que hace a Bernabé clave de la solución del problema sinóptico adquiere los caracteres de una sólida probabilidad. Recomendamos vivamente a nuestro antiguo profesor del Instituto Bíblico el luminoso trabajo del P. Bover.

SALVADOR MUÑOZ IGLESIAS

---

(1) BOVER, JOSÉ M.<sup>a</sup>, S. I.: *Bernabé ¿clave de la solución del problema sinóptico?*, en ESTUDIOS BÍBLICOS 3 (1944) 55-77.